

SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA Seminario de Monte Corbán 2009

Textos: Sab 7,7-10; Ps 125, 1-6; Mt 10,17-22

+ **Vicente Jiménez Zamora**
Obispo de Santander

Queridos hermanos sacerdotes, diáconos, claustro de profesores, seminaristas, miembros de vida consagrada y amigos del Seminario.

Celebramos hoy con gozo la fiesta anticipada de Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir, fiesta tradicional y con solera en nuestro Seminario de Monte Corbán, que la honra como a su patrona. Lo hacemos compartiendo juntos la Misa y la mesa, evocando vivencias y recuerdos. Mi gratitud al Seminario, que nos abre sus puertas y nos acoge con gozo.

La Eucaristía, “sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad”, nos hermana en torno al mismo pan y al mismo cáliz, que se convertirán en el cuerpo entregado por nosotros y en la sangre derramada para el perdón de los pecados.

Hoy entramos en comunión con Santa Catalina de Alejandría, celebramos su memoria e imploramos su intercesión.

Vida y culto

El Martirologio Romano nos dice escuetamente: “Santa Catalina, virgen, que, según la tradición, fue una virgen de Alejandría dotada tanto de agudo ingenio y sabiduría como de fortaleza de ánimo. Su cuerpo se venera piadosamente en el célebre monasterio del Monte Sinaí, en el actual Egipto (s. inc.)

Sabemos, además, que su culto se difundió a partir de la segunda mitad del siglo X. La Universidad de París la proclamó patrona. Hoy es protectora y patrona de los filósofos y de cuantos por su oficio se relacionan con las ruedas: carreteros, molineros...La popularidad del culto explica su permanente presencia en la literatura y en las artes figurativas, donde se hallan los atributos iconográficos: la rueda arpada y la espada, que indican el martirio; la corona, con la alusión a la realeza; el libro, símbolo de la sabiduría. Así aparece en los cuadros, escudos y logotipo de nuestro Seminario.

Sabiduría y fortaleza

A la luz de su vida y de las lecturas proclamadas en esta Eucaristía, podemos resaltar dos virtudes de Santa Catalina, que, a su vez, son dones del Espíritu Santo: la *sabiduría* y la *fortaleza*. Estas virtudes nos son muy necesarias a los sacerdotes para discernir la voluntad de Dios y para ser fuertes en medio de las pruebas.

La sabiduría. La sabiduría es el primer don del Espíritu Santo. Es luz de la inteligencia que nos da a conocer las “razones supremas” de la revelación de Dios y de la vida cristiana. Es una participación en el conocimiento misterioso de Dios: “supliqué y se me concedió la prudencia; invoqué y vino a mí el *espíritu de sabiduría*. La preferí a cetros y tronos, y, en su comparación, tuve en nada la riqueza” (*Sab 7, 7-8*).

Esta sabiduría es la raíz de un *conocimiento nuevo*, impregnado por el amor, gracias al cual la persona saborea y gusta las cosas de Dios. Santo Tomás de Aquino habla de “un cierto sabor de Dios”. Es el conocimiento sapiencial y experiencial. Por eso el verdadero sabio no es el que *sabe* en teoría muchas cosas, sino el que *saborea, experimenta y vive* las cosas de Dios.

La sabiduría, además, nos capacita para conocer las cosas según la mente de Dios. Nos hace hombres “espirituales” y no “carneles”, en expresión de San Pablo (cfr. *1 Cor 2, 14-15; Rom 7, 14*).

La fortaleza. El don de la fortaleza perfecciona la virtud cardinal y moral de su mismo nombre y nos da energía y constancia para hacer frente a las dificultades de la vida y de nuestro ministerio en la hora presente. En realidad, el hombre cada día *experimenta su propia debilidad*, especialmente en el campo espiritual y moral, cediendo a los impulsos de las pasiones internas y a las presiones externas del ambiente. El don de la fortaleza da fuerza no sólo en los momentos dramáticos como el martirio, sino también en las condiciones normales de la vida: en la lucha por permanecer coherentes con los propios principios; en el momento de soportar las ofensas injustas; en la perseverancia valiente cuando no vemos los frutos después de los esfuerzos realizados en la acción pastoral; en los momentos de cansancio, impotencia y desvalimiento. El espíritu Santo viene entonces en nuestra ayuda con el don de la fortaleza.

Año Sacerdotal

Celebramos esta fiesta dentro del Año Sacerdotal, convocado por el Papa Benedicto XVI, con motivo de los 150 años de la muerte del Santo Cura de Ars, cuya imagen aparece en una de las vidrieras de esta Iglesia. La celebración en nuestro Seminario de Monte Corbán nos invita a revivir nuestra vocación sacerdotal, a dar gracias a Dios por el don hermoso de nuestro sacerdocio y a comprometernos en la promoción de nuevas vocaciones sacerdotales. Nuestra misma vida de presbíteros, nuestra entrega incondicionada a la grey de Dios, nuestro testimonio convencido de servicio amoroso al Señor y a su Iglesia, nuestra concordia fraterna y nuestro celo por la evangelización del mundo, son el factor primero y más persuasivo de fecundidad vocacional.

En este Año Sacerdotal, bajo el lema *fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote*, se nos llama a una profunda renovación sacerdotal y a la santidad de vida.

Nuestra Iglesia Diocesana espera de nosotros sacerdotes que vivamos nuestra vocación y ministerio, configurados con Cristo, Cabeza, Pastor y Esposo; que seamos personas sencillas, acogedoras, que sirvan a la comunidad sin autoritarismos; que seamos sensibles y estemos cercanos a los problemas sociales y humanos de los fieles, especialmente de los alejados, los enfermos, los pobres, los necesitados y los afectados por la crisis económica; que seamos verdaderos animadores de las Unidades Pastorales, como medio irrenunciable en la situación actual de nuestra Diócesis, superando miedos, escepticismos y cansancios; que seamos testigos alegres y esperanzados de la fe con nuestro modo de vivir y actuar, hombres de oración, de profunda espiritualidad e intensa vida interior; que tengamos inquietud por una permanente formación teológica y pastoral mediante sesiones de estudio, ejercicios espirituales y retiros; que vivamos la fraternidad sacerdotal y trabajemos en comunión y espíritu de unidad entre nosotros en el presbiterio diocesano, bajo la autoridad del Obispo; y que seamos promotores de vocaciones a la vida consagrada, al ministerio ordenado y al laicado.

Queridos hermanos: que la Eucaristía que estamos celebrando nos lleve a la acción de gracias al Padre, que ha glorificado a Santa Catalina de Alejandría y a nosotros nos concede alegrarnos en su fiesta. Que su sabiduría y fortaleza nos lleven a la experiencia profunda de Dios y a ser fuertes en el combate de la vida diaria. Amén.